



## Afectos

► En el segundo libro de la *Ética a Nicómaco*, Aristóteles distingue tres fenómenos en el dominio de lo anímico: 'pasión', 'facultad' y 'modo de ser'. En lugar de ofrecer una definición de la pasión, proporciona un listado de ellas y añade que puede considerarse 'pasión' todo aquello que va acompañado de placer o dolor. También afirma que las pasiones mueven al hombre, al contrario que las virtudes o los vicios, que simplemente lo disponen a moverse de un modo determinado, sin llegar a moverlo. Las pasiones ocupan para Aristóteles un lugar intermedio entre las facultades y los hábitos ya sedimentados. En la *Ética a Nicómaco*, se sostiene que la pasión puede controlarse mediante la virtud. Poco más adelante, Aristóteles añade que a las pasiones no les corresponde ninguna cualidad constante en el alma. La primera pasión estudiada es la ira, definida como un apetito de venganza tras alguna afrenta al individuo o a alguien próximo. La calma es un apaciguamiento de la ira que el retórico puede lograr mediante argumentos adecuados que convencan de que las personas odiadas no son en realidad merecedoras de tal odio. La envidia también puede variar según la disposición que los oyentes coloquen en el orador. Su conclusión es que las afecciones son intrínsecas a la materia, es decir, pertenecientes al cuerpo. El filósofo cuestiona si debe ser el dialéctico o el físico quien estudie las afecciones, es por ello que la pasión debe interesar a ambos campos del saber, de manera que el filósofo del alma tendrá que ser físico y dialéctico al mismo tiempo.

En época moderna, la noción de afecto es adoptada por primera vez por Sigmund Freud y de este modo abordada por la tradición psicológica alemana. En sus *Estudios sobre la histeria* de 1893, Freud sostiene que el objetivo final del psicoanálisis es liberar el afecto penoso que acompañó en un primer momento a la representación de una escena traumática negativa y que en su momento no pudo ser liberado. La cura psicoanalítica puede alcanzarse mediante la hipnosis o la palabra, recursos que buscan traer a la conciencia las huellas mnémicas y los recuerdos de la representación reprimida, así como conseguir una *abreacción*

del afecto que ha ido a depositarse sobre el cuerpo una vez separado de la representación a la que estaba originalmente unido. La noción de afecto será comprendida posteriormente como la parte energética de la pulsión. El afecto sería la traducción subjetiva de una cierta cantidad de energía pulsional, de manera que, al igual que la noción de pulsión, el afecto estaría operando como un concepto bisagra entre lo puramente corporal y lo psíquico. Cuando analiza la pulsión, Freud distingue entre la idea o representación y la cantidad pulsional; por ejemplo, en la angustia. Afirma que falta la representación originalmente asociada al afecto y aparece otra en su lugar que no guarda ninguna relación lógica con ella.

Aunque la teoría psicoanalítica de Jacques Lacan varía profundamente desde sus inicios hasta el final, su concepción de los afectos no se modifica: pueden entenderse siempre como efectos del lenguaje sobre el cuerpo. Uno de los afectos de mayor manifestación en el cuerpo y que refleja la eficacia de esta teoría es la angustia. Lacan afirma que a través del afecto no se revela el ser en su inmediatez o el sujeto en su forma bruta. Aparentemente, sólo el afecto es un lugar privilegiado de manifestación de la verdad del sujeto.

Parece que los afectos no pueden engañar (la tristeza es tristeza, el malhumor es malhumor), mientras que en el ámbito mental, intelectual o lingüístico pueden aparecer los equívocos. Sin embargo, aunque el afecto nunca pueda ser reprimido, los representantes que lo amarran o se unen a ese afecto (los 'significantes' en la terminología de Lacan) pueden ser objeto de represión. Es decir, un afecto de alegría siempre se sentirá como alegría, pero puede aparecer desplazado de la escena que realmente lo ha causado. La angustia que originariamente despierta una determinada escena traumática puede desplazarse y situarse sobre otra escena con la que guarda algún tipo de relación inconsciente. Por ejemplo, en el mecanismo que desencadena una fobia, un elemento aparentemente inofensivo se convierte en angustiante porque se vincula inconscientemente con otro elemento que genera esta sensación en el sujeto. Es por ello que todo acercamiento a los afectos debe estudiarse también desde la perspectiva del lenguaje: más allá de lo puramente afectivo, siempre está manifiesto un componente representacional en el que se producen intercambios y desplazamientos. Gracias al lenguaje, por ejemplo, podemos hablar de un cuerpo que está organizado en

brazos, piernas, etc. Para marcar el carácter de antecedencia del lenguaje sobre el proceso de constitución de un cuerpo singular, Lacan afirma que este recurso es consistente, sólido *per se*: sólo se puede hablar de un cuerpo con sus respectivas partes si esos significantes y sus palabras existían previamente.

Esta perspectiva no trata de corroborar que un afecto se encuentra en proporción a una situación vivida por el sujeto, sino que busca la verdad particular del sujeto que se encuentra detrás de un afecto determinado, así como el descubrimiento del significante o representación reprimida para el sujeto que se encuentra tras determinado afecto. Así, por ejemplo, la tristeza deja de ser pensada como un estado del alma y pasa a ser pensada como una falta o flaqueza moral. Más que de depresión y de un estado del alma, se trata de un problema a nivel del pensamiento, sin olvidar que pensamiento y lenguaje son sinónimos para Lacan. En la tristeza hay una cierta cobardía o flaqueza con respecto al propio deseo, un desfase entre lo que se dice y lo que inconscientemente se desea.

La propuesta de este artículo es que el psicoanálisis de orientación lacaniana se aparta de cualquier psicología de las emociones y defiende la conveniencia de pensar el afecto en continuidad con la noción clásica de pasión, que constituye el efecto del lenguaje so-

bre el cuerpo. Para ello, Lacan reivindica una tradición que comienza con Aristóteles y que rechaza que la pasión pueda ser comprendida a partir del organismo. El afecto, si bien se manifiesta por medio del cuerpo, en su origen se remite al lenguaje. Los enfoques biologicistas actuales, en un intento por eliminar la presencia del sujeto a cualquier precio, aspiran a convertir la pasión en un elemento puramente cerebral. Finalmente, lo que une a todas estas disciplinas es un extraño afán por eliminar el papel y la responsabilidad del sujeto en todas estas cuestiones. Así, el psicoanálisis no se ve convertido en una operación puramente intelectual, sino que introduce su campo de trabajo al lenguaje, que se encuentra, como los afectos, a caballo entre lo emocional y lo intelectual. Las mejoras a nivel afectivo provenientes del psicoanálisis siempre serán el resultado 'indirecto' de la elaboración de un saber y un correcto uso del lenguaje por parte del sujeto para definir su deseo.

*Alfredo Antonio Reyes García.*

#### **Bibliografía:**

Conde-Soto, F. (2015). Los afectos como efectos del lenguaje sobre el cuerpo: de las pasiones de Aristóteles a los afectos en la teoría psicoanalítica de Freud y Lacan. *Revista Internacional de Filosofía*, (65), 119-132.